

festejos y obsequios, y en que ya disfrutaba de todas las diversiones de Versalles, viósele tomar el camino de San Dionisio para implorar humildemente la gracia de ser admitida entre las hijas de santa Teresa, dejar los dorados camarines del Trianon por una pobre celdilla, y trocar las primorosas galas de una princesa de Francia por el tosco sayal del Carmelo. Solo Dios sabe lo que este sacrificio debió pesar en la balanza del santuario; por nuestra parte solo dirémos que causó en el público una impresion profunda, mayormente cuando se le vió sostener por luengos años con el contento mas indecible.

Efectivamente, madama Luisa fué el modelo de las hijas de santa Teresa y la gloria del Carmelo. Dos dias despues de haber ingresado recibió una visita de las princesas sus hermanas<sup>1</sup>, cuya entrevista dió lugar á una escena sumamente tierna: las tres princesas abrazaron á su hermana con la mayor efusion, anegadas en llanto, en el cual les acompañó toda la comunidad enternecida; pero madama Luisa con rostro sereno y corazon alegre procuraba consolarlas, hablándoles con chiste y asegurándoles que no habia motivo de llorar, á menos que le envidiasen la suprema felicidad de que disfrutaba. Era entonces la Pascua, en cuyo tiempo las Carmelitas suspenden sus ayunos; y deseando las princesas asistir á la cena de su hermana, pasaron al refectorio. Correspondia aquel dia comer patatas fritas y leche cuajada: madama Luisa comió alegre y con apetito este rústico manjar que en la corte le hubiera dado náuseas; viendo lo cual sus hermanas coligieron que pues tenia el necesario valor y piedad, mas digna era de ser felicitada que compadecida por su aislamiento.

Acostumbrada á llevar en el siglo zapatos de tacon muy alto, fué para ella un verdadero suplicio acostumbrarse á las sandalias de las religiosas, de modo que se le hincharon las piernas sin casi poder andar, y como le aconsejaron que volviese á tomar su antiguo calzado, respondió: «Un dia ú otro tendria que acostumbrarme; por consiguiente vale mas que sufra de una vez.» La tarima donde las Carmelitas reposan es tan estrecha, que le acontecia á menudo darse encontrones con la pared, y un dia lo hizo con tal violencia, que se levantó un chichon en la cabeza. Esto se lo escribió á sus hermanas diciendo que se habia rozado algo bruscamente con las cortinas

<sup>1</sup> Véase su *Vida* por Mr. Proyart.

de las Carmelitas; estilo chancero, por medio del cual orillaba todos los inconvenientes de su nuevo estado, cualesquiera que fuesen.

Siempre apacible despues de haber tomado el hábito, hablaba con frecuencia de su dicha, mas nunca de sus sacrificios; y si tal vez comparaba su vida pasada con la carmelitana, era para afirmar que habia encontrado mucho en cambio de poco. Hé aquí el paralelo que solia formar entre dos estados tan contrarios: «Verdaderamente soy «mas dichosa de lo que merezco, decia hablando á sus compañeras «con aquel tono candoroso que arguye conviccion, y así en lo físico «como en lo moral he ganado mucho en meterme aquí. Á la verdad «en Versalles tenia un rico lecho, pero en él solo disfrutaba un sueño interrumpido: mi mesa era opípara; pero á menudo me faltaba «el apetito: aquí solo tengo un mal jergon en el cual duermo á pier- «na suelta, y con la salsa de un buen apetito como de todas las po- «bres viandas que salen á nuestro refectorio, de modo que á veces «me da escrúpulo el comer con tanto gusto guisantes y zanahorias.

«Si miro á la tranquilidad del alma, ¡qué diferencia! Sin ponderacion puedo asegurar que un solo dia en la casa del Señor me hace «mas feliz que mil años pasados en el palacio donde moraba. Si aquí «tenemos nuestras prácticas, tambien la corte tiene las suyas, y por «cierto bien gravosas. El que en ella reside, mal que le pese ha de «sujetarse á sus exigencias. Aquí, por ejemplo, á las cinco voy á la «oracion; en Versalles me iban á avisar para ir á la comedia; no «hay allí un momento de descanso por mas que siempre se gire en «el mismo círculo de inutilidades.

«¡Qué madrugones me daba allá tan malos, ya por resultas de «las fatigas á veces desagradables de la vispera, ya por las imperti- «nencias del tocador ó de los cortesanos que nos rodeaban! En esta «santa morada, habiendo dormido bien por la noche, me levanto con- «tentísima por la mañana; el tocador no me ocupa dos minutos, y «en el trabajo del dia expláyase mi espíritu, porque conozco que es «útil á mi alma. En suma, la corte doquiera me brindaba placeres «sin darme ninguno; y por el contrario, aquí donde todo parece «contristar á la naturaleza, disfruto una dicha pura, y al año de per- «manecer en este encierro aun me pregunto todos los dias: ¿dónde «están aquellos rigores con que trataban de asustarme?»

Si en todo tiempo no hubiese sido cosa averiguada que la virtud y la piedad constituyen la verdadera dicha, lo que aquí dice madama Luisa, fundada en su experiencia, bastaria á convencer á cuan-

tos no estuvieran ciegos por efecto de preocupacion ó de sus pasiones.

Siendo madama Luisa maestra de novicias, no podía hacer tragar una medicina á otra de sus discípulas que estaba mala; y viendo ser inútil toda reflexion, le dijo: «Querida mia, veo que eres poco generosa; mira, lo que tú no has osado hacer ni por tí, ni por mí, ni siquiera por amor de Aquel que apuró hiel y vinagre para salvarnos, voy á hacerlo yo al objeto de probarte que una medicina no es un veneno.» Decir esto, verter la mitad del remedio en un vaso, y apurarlo, fué obra de un momento, y volviéndose á la enferma le dijo: *¡ya está!* La novicia sorprendida y confusa pide y bebe lo demás, reconociendo que este sacrificio no es superior á las fuerzas humanas, si bien confiesa que la vista de un grande ejemplo es capaz de vencer las mas arduas dificultades.

Nadie puede imaginarse los detalles á que la buena Princesa descendia cuando fué superiora de la comunidad: una de sus religiosas padecia un miedo excesivo, y madama Luisa, sabedora de ello, tenia la bondad de acompañarla á todos los sitios á donde no hubiera ido sola, y hasta le permitió hacerse la cama en su propia celda, lo cual era muy incómodo particularmente en verano atendida la poca capacidad del local, y sin quejarse solo una vez dijo á su compañera en tono de broma: «Amiga mia, harias bien de guardar tu miedo para el invierno, pues aquí dos se ahogan de calor.»

Distraida un dia por la série de trabajos que la ocupaban y por los muchos deberes de su cargo, olvidó que cierta religiosa pasaba una gran pena y que tenia que consolarla. Vinole esta memoria en mitad de la noche: su corazon inquieto ya no puede sosegar; levántase, pasa á ver á su hija y la dice: «Querida hermana, ayer me olvidé de hablarte, conforme deseaba: siento vivamente este olvido que tal vez habrá redoblado tu pena, y vengo á repararlo.» La religiosa, tiernamente conmovida viendo la excesiva bondad de su superiora, no sabia cómo expresar su agradecimiento. «Nada de gracias, repuso madama Luisa; lo que hago es tanto para mí ali-  
«vio como para el tuyo: ¿hubiera yo podido reposar tranquila sabiendo que tú estás con una afliccion?» Y no la dejó hasta haber tranquilizado su espíritu.

Una hermana conversa encargada de despertar á la comunidad el dia de Pascua á las dos de la madrugada, temiendo faltar á la hora, recordó en su inquietud que la superiora sabia muy bien poner tre-

guas al sueño, y habiendo pasado á verla, le manifestó su recelo, diciendo cándidamente que, todo bien considerado, no sabia quién mejor pudiese despertarla que ella, y de consiguiente la suplicaba le hiciese este favor. Tanta sencillez embelesó á la prelada: «Des-  
«cansa en mí, respondió, véte á dormir tranquila; ya te llamaré.» En efecto, á la madrugada, poco antes de la hora prescrita, la superiora, hija de un rey, llamaba á la puerta de la humilde campanera. Estos rasgos, aunque consagrados por la Religion, son de aquellos que aun el mundo no puede menos de admirar.

Otra vez que se hallaba en la enfermería, una religiosa le dijo que por respeto á su salud debiera dispensarse de ciertas observancias de la Orden. «No sé hasta dónde llega la necesidad, respondió la Princesa, entonces priora, para considerarme dispensada; sobre que yo mas que nadie debo temer la relajacion que mi ejemplo podría ocasionar.» Repuso la religiosa que le seria fácil abstenerse sin que nadie lo advirtiera; al oír esto madama Luisa la reprendió, diciendo con viveza: «Eso es decirme que sea hipócrita. No permita Dios que haga jamás en su presencia una accion que pudiera ruborizarme ante la tierra. Seamos siempre lo que debemos ser, y así nunca temerémos parecer lo que somos.»

Una piadosa señora se admiraba de que siendo ella tan delicada, y criada como hija de un rey, hubiera podido abrazar una vida tan austera como la de las Carmelitas: «Pues á mí, señora, respondió madama Luisa, solo me admira su admiracion de V., pues conociendo el Evangelio sabe que no tiene secreto particular para que ni las princesas ni las personas delicadas puedan salvarse sin hacer penitencia.—No hay por qué ponderar tanto mi sacrificio, decia en otra ocasion, pues lo costoso para mí ha sido, no el hacerlo, ni el haberlo hecho, sino haber tardado tantos años en ponerlo por obra.»

Durante la hora de recreo, hubo de llamar por segunda vez á una religiosa para que pasase al locutorio, diciéndole que gustaba de hacerse esperar. Esta religiosa, entretenida en cierta conversacion, cuyo final deseaba oír, respondió picada, que á veces tambien gustaba de lo mismo la madre priora.—«Es verdad, repuso madama Luisa, pero nuestras razones pueden ser distintas.» Otras superioras se hubieran tenido por muy modestas en dar una contestacion tan concisa y exacta á la impertinente salida de la monja; pero la Princesa teme ya haber pecado de orgullo, y postrándose al momen-

to á los piés de sus hijas, besa la tierra, y pidiendo perdon de que aun trate de justificarse exclama: «Siempre he sido una vanidosa; «despues de renunciar á todo, aun asoman en mí los vanos halagos «del amor propio.» Este ejemplo quizás solo excitará el desprecio de los mundanos que se guian por las falsas leyes del pundonor, pero de seguro será admirado por todos aquellos que conocen la excelencia y el precio de la humildad cristiana.

Una religiosa anciana, de recomendable virtud, que tambien habia sido superiora, sometió á Madama Luisa algunas resoluciones piasas que habia formado en el retiro. La Princesa, despues de leerlas, se las volvió diciendo: «Solo faltaba un articulo, bastante «esencial, para que pudiera yo prescindir de continuarlo.» Habia, en efecto, escrito al pié de las resoluciones: «Seré fiel en amonestar y reprender á nuestra madre por sus faltas.»

Nada pareció hacérsele extraño en la mansion de la pobreza: ella, que toda su vida habia usado trajes suntuosos y delicados, llevaba al igual de sus compañeras camisas de jerga comun, y de la misma tela eran las sábanas de su cama, calcetines de trapo, alpargatas sin tacones y vestido de burriel mas ordinario. Nunca usaba mas que uno, el cual remendaba si se le echaba á perder, y durante diez y siete años que permaneció en el convento solo tuvo tres, habiendo llevado el último por espacio de ocho años,—para que se vea la pobreza de la Princesa, entonces priora,—y como le habia echado sendos retazos de tela nueva, presentaba diferentes colores. Una religiosa, queriéndola inducir á trocar este sayal por otro mejor, observó que la comunidad se avergonzaria de que algun miembro de la Real familia la viese tan mal vestida; pero ella increpó esta falsa delicadeza, diciendo: «¿De cuándo acá seria vergonzoso seguir el «espíritu de nuestro santo estado? ¿No sabe mi familia que hice voto de pobreza, y que particularmente en el puesto que ocupó es «el en que debo dar ejemplo?»

Por una buena temporada ocupó la celda mas triste é incómoda que habia en la casa, y si bien le aconsejaban hacer en ella algunas reparaciones que para otra religiosa hubiera considerado indispensables, las juzgó inútiles para sí, y no permitió llevarlas á cabo. Sus ventanas ajustaban tan mal, que el viento mataba la luz por la noche, y para remediarlo atascaba las rendijas con papel, cuya operacion debia renovar cada vez que las abria. Habiendo, por indisputa, pasado á la enfermería, le propusieron trasladarla al gabinete

donde solia recibir á la familia Real, pero rehusó ella terminantemente, y como á lo mismo le instasen sus hermanas que fueron á verla, suponiendo estaria allí con mas comodidad, respondió: «No dudo que estaria mejor, pero aquí no vienen á buscarse comodidades: sanas ó enfermas, hemos de acordarnos de que somos «Carmelitas.»

Siempre hallaba excelentes los manjares que le servian, y temiendo que tal vez no se apreciaran los muchos sacrificios que un refectorio de Carmelitas debe hacer á la hija de un rey, nunca cesaba de afirmar que comia con escrúpulo por el gusto que en ello encontraba: «No hay, repetia, cocinero en Versalles que sepa dar á sus guisados el saborete que aquí le dan el ayuno y el trabajo.» Una buena hermana repostera, desvanecida por los elogios de madama Luisa, creyó haber granjeado en el arte culinario una destreza que nadie sospechaba antes, y muy formal les decia á las religiosas: «Vaya, si creerán que aquí nos chupamos el dedo; miren «como su real estómago saborea nuestras calabazas.»

Una cocinera habia sacado de la despensa para tirarla una alcachofa medio podrida, que otra hermana mezcló sin advertirlo con las buenas, y presentóla en la mesa. Temblaba la cocinera esperando llevar una buena peluca, pero como vió que nadie chistaba, pensó para sí: á la madre priora le habrá caído. En efecto, madama Luisa al recibir la legumbre advirtió que estaba maleada; pero con todo eso la comió. Cuando la cocinera, confusa, pretendió sincerarse, respondió ella: «Nada importa, pues á mí me ha «tocado, pero cuidado con otra vez, porque no todas las hermanas disfrutan el apetito que yo.»

El rey de Suecia, cuando estuvo en París, deseó visitar á madama Luisa, cuyo heroico sacrificio habia causado admiración general en Europa. Al entrar en su celdilla, y al examinar su pobre contenido, un Crucifijo, una silla de palo y un haz de paja entre dos banquillos, exclamó: «¡Cómo! ¿aquí se alberga una hija del rey de «Francia?—Sí, señor, repuso madama Luisa, y aquí se duerme mejor que en Versalles, y aquí se engorda como podeis ver por mí.» Entonces le explicó la vida ordinaria y las ocupaciones de una carmelita, le condujo al refectorio, y le enseñó el puesto que solia ocupar entre las demás hermanas, y el cubierto de que se servia, esto es, una cuchara de palo, un vaso de barro y una vasija de lo mismo. Admirado de lo que veia, y mas aun de lo que echaba á faltar

en torno de tan gran princesa, este Rey del Norte, poseído de los mismos sentimientos que la Reina del Mediodía al contemplar en su magnificencia la sabiduría de Salomón, no cesaba de admirar la sabiduría harto preferible de una señora que sabia encontrar en la privación su embeleso y el desprecio de toda magnificencia. Apenas daba crédito á sus ojos al ver el contento y el puro y franco regocijo de una princesa que diariamente se inmolaba á todos los rigores de una vida de penitencia. «Ni París, ni la Francia, decia, ni Roma, ni la Italia, me han presentado nada comparable con el portento que se encierra en el convento de Carmelitas de San Dionisio.»

Así pues, madama Luisa habia dado, en la balanza de la divina justicia, un gran contrapeso á los delitos de su siglo. ¿Quién sabe si á las heroicas virtudes de esa real virgen debió la Francia el conservar aquella chispa de fe que la impiedad no pudo extinguir aun entre oleadas de sangre? Como quiera que sea, llegó el día de la recompensa, y el ángel de paz, de oración y expiación, dejó esta morada de destierro el día 23 de diciembre de 1787.

*Oracion.*

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber opuesto tan bellos ejemplos de virtud á los escándalos de la tierra; hacednos la gracia de que imitemos aquellos y sepamos huir de éstos.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *no leeré jamás libros sospechosos.*

LECCION LIV.

CONSERVACION Y PROPAGACION DEL CRISTIANISMO.

(SIGLO XVIII).

La Iglesia atacada: Estados generales; Asamblea constituyente; supresion de las Órdenes monásticas; juramento forzoso. — La Iglesia defendida: discursos y conducta de los obispos en la Asamblea nacional. — La Iglesia atacada: saqueo y destruccion de los templos; diosa *Razon*; — defendida: Mártires en la iglesia de Carmelitas; abate Fenelon; clero de Nevers, é historia de sus persecuciones; Pio VI.— Juicio de Dios contra la Francia; — contra sus perseguidores; — particularmente contra Collot-d'Herbois. — La Iglesia consolada: eleccion de Pio VII; conversion de herejes; progreso de la Religion en los Estados-Unidos; mision de Corea. — Cuadro de la Religion desde principios del siglo XIX.

Fúnebre es el cuadro que á vuestra vista nos falta desplegar, el cuadro lamentable de una nación abandonada de Dios: ¡ojalá no sea estéril esta leccion! La liga infernal que habia jurado aniquilar el Cristianismo se reforzaba de día en día, hasta hacerse de moda la impiedad y el desenfreno por ella preconizados. En vano el Señor conjuró á la Francia que se convirtiese de nuevo á él; en vano le anunció por boca de sus ministros los tremendos castigos que serian el pago de su pertinacia: á estas indicaciones la cohorte filosófica esparcida por toda la haz del reino solo respondia con befa impía y con aquel clamor sanguinario que por vez primera resonó en las calles de Jerusalem pocas horas antes de morir Jesús: *¡No queremos que reine sobre nosotros!*

Eso ya era demasiado apurar: Dios se retira. Al momento la impiedad hace de las suyas, jurando hundir en el propio abismo la Religion y la Corona. Reunidos los Estados generales en Versalles el año 1789 para excogitar medios de cubrir la deuda del Estado, la impiedad que domina en la Asamblea no tarda en manifestar su ojeriza contra la Religion: declara que todos los bienes del Clero pertenecen á la nacion, prohíbe admitir novicios en los conventos, y luego despues suprime las Órdenes religiosas apoderándose de todos sus haberes para que nunca puedan restablecerse. Las casas religio-